



Poemas







Col·lecció Poesia de Paper

106

# Poemas

José Hierro

Palma, 2000

© del text: l'autor, 2000

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 2000

Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro, Perfecto Cuadrado i Albert Ribas

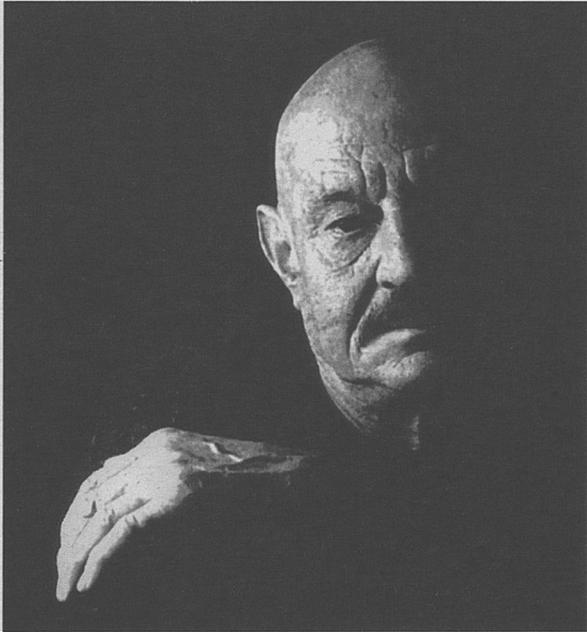
Disseny: Jaume Falconer

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic. Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. 07071 Palma

Impressió: Taller Gràfic Ramon. Carrer de Jaume Balmes, 39 i 43. 07004 Palma

ISBN: 84-7632-612-2

DL: PM/1886-2000



José Hierro (Madrid, 1922) ha publicado los poemarios *Tierra sin nosotros* (1947), *Alegría* (1947), *Con las piedras, con el viento...* (1950), *Quinta del 42* (1952), *Estatuas yacentes* (1955), *Cuanto sé de mí* (1957-1959), *Libro de las alucinaciones* (1964), *Agenda* (1991) y *Cuaderno de Nueva York*. Su obra, que ocupa un lugar fundamental en la poesía española del siglo XX, ha obtenido numerosos premios, como el Nacional de la Crítica en dos ocasiones, el Príncipe de Asturias, el Nacional de las Letras Españolas y el Reina Sofía de poesía.



## FE DE VIDA

**Sé que el invierno está aquí,**  
detrás de esa puerta. Sé  
que si ahora saliese fuera  
lo hallaría todo muerto  
luchando por renacer.  
Sé que si busco una rama  
no la encontraré.  
Sé que si busco una mano  
que me salve del olvido  
no la encontraré.  
Sé que si busco al que fui  
no lo encontraré.

Pero estoy aquí. Me muevo,  
vivo. Me llamo José  
Hierro. Alegría (Alegría  
que está caída a mis pies).  
Nada en orden. Todo roto,  
a punto de ya no ser.

Pero toco la alegría  
porque aunque todo esté muerto  
yo aún estoy vivo y lo sé.

*(De Alegría)*

## PARA UN ESTETA

Tú que hueles la flor de la bella palabra  
acaso no comprendas las más sin aroma.  
Tú que buscas el agua que corre transparente  
no has de beber mis aguas rojas.

Tú que sigues el vuelo de la belleza, acaso  
nunca jamás pensaste cómo la muerte ronda  
ni cómo vida y muerte —agua y fuego— hermanadas  
van socavando nuestra roca.

Perfección de la vida que nos talla y dispone  
para la perfección de la muerte remota.  
Y lo demás, palabras, palabras y palabras,  
¡ay, palabras maravillosas!

Tú que bebes el vino en la copa de plata  
no sabes el camino de la fuente que brota  
en la piedra. No sacias tu sed en su agua pura  
con tus dos manos como copa.

Lo has olvidado todo porque lo sabes todo.  
Te crees dueño, no hermano menor de cuanto nombras.  
Y olvidas las raíces («Mi obra», dices), olvidas  
que vida y muerte son tu obra.

No has venido a la tierra a poner diques y orden  
en el maravilloso desorden de las cosas.  
Has venido a nombrarlas, a comulgar con ellas  
sin alzar vallas a su gloria.

Nada te pertenece. Todo es afluyente, arroyo.  
Sus aguas en tu cauce temporal desembocan.  
Y hechos un solo río os vertéis en el mar,  
«que es el morir», dicen las coplas.

No has venido a poner orden, dique. Has venido  
a hacer moler la muela con tu agua transitoria.  
Tu fin no está en tí mismo («Mi Obra», dices), olvidas  
que vida y muerte son tu obra.

Y que el cantar que hoy cantas será apagado un día  
por la música de otras olas.

*(De Quinta del 42)*

# TEORÍA Y ALUCINACIÓN DE DUBLÍN

## I. TEORÍA

Un instante vacío  
de acción puede poblarse solamente  
de nostalgia o de vino.  
Hay quien lo llena de palabras vivas,  
de poesía (acción  
de espectros, vino con remordimientos).

Cuando la vida se detiene,  
se escribe lo pasado o lo imposible  
para que los demás vivan aquello  
que ya vivió (o que no vivió) el poeta.  
Él no puede dar vino,  
nostalgia a los demás: sólo palabras.  
Si les pudiese dar acción...

La poesía es como el viento,  
o como el fuego, o como el mar.  
Hace vibrar árboles, ropas,  
abrsa espigas, hojas secas,  
acuna en su oleaje los objetos  
que duermen en la playa.  
La poesía es como el viento,

o como el fuego, o como el mar:  
da apariencia de vida  
a lo inmóvil, a lo paralizado.

Y el leño que arde,  
las conchas que las olas traen o llevan,  
el papel que arrebató el viento,  
destellan una vida momentánea  
entre dos inmovilidades.

Pero los que están vivos,  
los henchidos de acción,  
los palpitantes de nostalgia o vino,  
esos... felices, bienaventurados,  
porque no necesitan las palabras,  
como el caballo corre, aunque no sople el viento,  
y vuela la gaviota, aunque esté seco el mar,  
y el hombre llora, y canta,  
proyecta y edifica, aun sin el fuego.

## II. ALUCINACIÓN

Me acuerdo de los árboles de Dublín.

(Imaginar y recordar  
se superponen y confunden;  
pueblan, entrelazados, un instante

vacío con idéntica emoción.  
Imaginar y recordar...)  
Me acuerdo de los árboles de Dublín...  
Alguien los vive y los recuerdo yo.  
De los árboles caen hojas doradas  
sobre el asfalto de Madrid.  
Crujen bajo mis pies, sobre mis hombros,  
acarician mis manos,  
quisieran exprimirme el corazón.  
No sé si lo consiguen...

Imaginar y recordar...  
Hay un momento que no es mío,  
no sé si en el pasado, en el futuro,  
si en lo imposible... Y lo acaricio, lo hago  
presente, ardiente, con la poesía.

No sé si lo recuerdo o lo imagino.  
(Imaginar y recordar me llenan  
el instante vacío.)  
Me asomo a la ventana.  
Fuera no es Dublín lo que veo  
sino Madrid. Y, dentro, un hombre  
sin nostalgia, sin vino, sin acción  
golpeando la puerta.

Es un espectro  
que persigue a otro espectro del pasado:

el espectro del viento, de la mar  
del fuego —ya sabéis de qué hablo—, espectro  
que pueda hacer que cante, hacer que vibre  
su corazón, para sentirse vivo.

(De *Libro de las alucinaciones*)

# CUÁNTO NUNCA

## I

Fueron dos mil kilómetros los que volé sobre las olas.  
Quién pensaba que había de encontrarme  
en un fanal dorado y mágico, y cuánto nunca, Paula,  
sin ti y sin mi.  
Y el grillo que sonaba entre claridades marinas.

Las guitarras eléctricas, mineras, sondeaban la tierra.  
Aquí aparece el hombre del gesto estúpido de Berlín,  
chin-chin-pon sobre el bombo y los platillos,  
o el chin-chin-pon, el treintaitrés del vals sobre la playa,  
plinto de la pareja, madura y aún hermosa.  
Aquí aparece la armonía desamparada, emboscada en la noche,  
envuelta en el papel de lluvia próxima y de viento,  
la noche sudorosa de estrellas,  
la noche fugitiva... Y otras noches y otros días y vientos y  
lluvias  
aparecen aquí.

Uno palpa razones inexplicables, barajando palabras:  
Jamás una palabra es suya.

Acepta una de aquí, rehúsa otra de allá,  
sin acertar lo que es allá y lo que es aquí,  
con el instinto ciego del animal que olfatea la hierba

que ha de sanarlo.  
Así olfateo yo, mas sin el firme instinto del animal  
unas palabras que podrían sanarme el alma.  
Y, sin embargo,  
no estoy seguro de si se detienen  
más acá o más allá de su propósito  
o si, por raro azar, habrán herido  
el centro donde late lo que uno mismo ignora  
al escribir, al ordenar.

## II

Estas palabras,  
estas figuras y ráfagas y signos...  
Me asomé al vertedero. Distinguí  
entre bocanadas de sombra  
—rotos por el relámpago de los cristales y de los metales,  
entre cintas, escorias, herrumbre, papeles—  
mitos de sol, fantasías de viento y mármol,  
claridades parpadeantes:  
así aquella pareja funeral,  
novios de negro, como cuervos tímidos,  
cogidos de la mano, con un ramo de flores,  
lentos por una calle que no tenía fin,  
foso de cal, en Campo de Criptana.  
O ésta: volar dos mil kilómetros, creo que ya lo dije,  
y oír, entre las olas que arañaban la isla,

el sonido del grillo.  
O el hombre que pedía colillas  
para morir fumando.  
O alguien que iba y venía, obsesionado,  
por aquel patio helado...

Y para qué seguir.

*(Estas palabras... Las afilo i  
igual que bisturíes, para sajar mi carne.  
Si la infección no me habitara,  
entonces las palabras, estas u otras palabras,  
se alzarían aladas, revolotearían,  
zumbarían al sol, gorjearían  
con generosidad. Pero quién puede  
ser generoso con estas hambres y estos fríos  
de entonces, que aún me hacen tiritar,  
con la amargura y el desvalimiento  
que yo he vivido en otros. . .)*

Y para qué seguir,

dice el doctor, mi compañero.  
Reaparece en su celda y habla otra vez de Huxley  
de Picasso, de Schoenberg, de cuál será la suerte  
de la Venus de Milo, prisionera de Hitler.  
Y el té. Y las pastas «que mi mujer acaba de traerme,  
porque no sé qué maña se da para encontrar en estos tiempos  
dulces tan buenos en Madrid». Y luego,

«tome usted esta otra de cocó, ya verá lo que es bueno».  
Esto, tan real y tan absurdo,  
sucedió, pero sigue sucediendo.  
Y no sé lo que significa.

## LOPE. LA NOCHE. MARTA

### Hé abierto la ventana. Entra sin hacer ruido

(afuera deja sus constelaciones).

«Buenas noches, Noche».

Pasa las páginas de sombra  
en las que todo está ya escrito.

Viene a pedirme cuentas.

«Salí al rayar el alba —digo—.

Lamía el sol las paredes leprosas.

Olía a vino, a miel, a jara». (Deslumbrada por tanta claridad  
ha entornado los ojos).

La llevan mis palabras por calles, ascuas, no lo sé:  
oye la plata de las campanadas.

Ante la puerta de la iglesia

me callo, me detengo —entraría conmigo

si yo no me callase, si no me detuviera—;

yo sé bien lo que quiere la Noche;

lo de todas las noches;

si no, por qué habría venido.

Ya mi memoria no es lo que era. En la misa del alba

no dije *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*,

sino que dije *Marta Dei* (ella es también cordero de Dios  
que quita mis pecados del mundo).

La Noche no podría comprenderlo,

y qué decirle, y cómo, para que lo entendiese.

No me pregunta nada la Noche,  
no me pregunta nada. Ella lo sabe todo  
antes que yo lo diga, antes que yo lo sepa.  
Ella ha oído esos versos  
que se escupen de boca en boca, versos  
de un malaleche del Andalucía  
—al que otro malaleche de solar montañés  
llamara «capellán del rey de bastos»—  
en los que se hace mofa de mí y de Marta,  
amor mío, resumen de todos mis amores:

*Dicho me han por una carta  
que es tu cómica persona  
sobre los manteles, mona  
y entre las sábanas, Marta.*

qué sabrá ese tahúr, ese amargado  
lo que es amor.

La Noche trae entre los pliegues de su toga  
un polvillo de música, como el del ala de la mariposa.

Una música hilada en la vihuela

del maestro del danzar, nuestro vecino.

En la cocina la estará escuchando Marta;

danzará, mientras barre el suelo que no ve,

manchado de ceniza, de aroma, de trigo candeal,  
de jazmines, de estrellas, de papeles rompidos.

Danza y barre Marta.

Pido a la Noche que se vaya. Hasta mañana, Noche.

Déjame que descanse. Cuando amanezca regaré el jardín,

saldré después a decir misa

—*Deus meus, Deus meus, quare tristis est anima mea*—

luego volveré a casa, terminaré una epístola en tercetos,  
escribiré unas hojas

de la comedia que encargaron unos representantes.

Que las cosas no marchan bien en el teatro,

y uno no puede dormirse en los laureles.

Hasta mañana, Noche.

Tengo que dar la cena a Marta,

asearla, peinarla (ella no vive ya en el mundo nuestro),

cuidar que no alborote mis papeles,

que no apuñale las paredes con mis plumas

—mis bien cortadas plumas—,

tengo que confesarla. «Padre, vivo en pecado»

(no sabe que el pecado es de los dos),

y dirá luego: «Lope, quiero morirme»

(y qué sucedería si yo muriese antes que ella).

*Ego te absolvo.*

Y luego, sosegada, le contaré, para dormirla,

aventuras de olas, de galeones, de arcabuces, de rumbos  
marinos,

de lugares vividos y soñados: de lo que fue

y que no fue y que pudo ser mi vida.

Abre tus ojos verdes, Marta, que quiero oír el mar.

(De *Agenda*)

## BEETHOVEN ANTE EL TELEVISOR

### El alemán de Bonn identificaba

todos los sones de la naturaleza:  
el del mar, el del río, el del viento y la lluvia,  
el canto del ruiseñor, el de la oropéndola, el del cuco.  
Un día, cantó un ave, y él no oía su canto:  
fue la primera señal de alarma.  
Luego avanzó implacable la sordera  
hasta desembocar en la noche de los sonidos.  
Compuso, desde entonces, imaginándolos.  
Nunca pudo escuchar su misa en Re,  
sus últimos cuartetos, su última sinfonía.

Luis van Beethoven murió en mil ochocientos veintisiete  
(es lo que piensan los desinformados),  
pero yo lo he visto en el Lincoln Center.  
Fue en los años noventa. Ocupábamos  
asientos contiguos. Yo lo reconocí  
por su expresión huraña y tierna y feroz.  
Y también por el desaliño de que nos hablan sus biógrafos.  
Escribí en mi programa estas palabras:  
«Excelente concierto». Y él asintió:  
«No se moleste en escribir, oigo perfectamente».

Después, en el descanso, hablamos de su música,  
(sin duda se dio cuenta  
de que acababa de reconocerlo.)

Avisaron que había que volver  
a la sala para escuchar el plato fuerte,  
la Novena. Pero él, van Beethoven,  
dio media vuelta, y se marchaba.  
«Pero, ¿precisamente ahora?» le pregunté.  
«Yo regreso al hotel. Voy a escuchar  
la Novena Sinfonía en el televisor,  
la transmiten en directo», contestó.  
«¿Me permite que le acompañe?», dije.  
Y se encogió de hombros.

Pues aquí acaba todo.  
Nos sentamos ante el televisor.  
Escuchamos el golpe de la batuta  
sobre el atril. Silencio. Y la orquesta rugió.  
Entonces, Ludwig van Beethoven  
se levantó y apagó el sonido.  
Ahora sí que el silencio era absoluto.

Canturreaba a veces, levantaba la mano  
para indicar la entrada a los timbales  
en el Scherzo. Lloró con el adagio,  
enardeció cuando cantaba el coro  
las palabras de Schiller.

Yo nunca podré oír, nadie podrá,  
lo que él oía. Finalizó el concierto.  
Fue entonces cuando se levantó,

y se acercó al televisor,  
recuperó el sonido.  
Las cámaras enfocaban ahora  
al público enardecido.  
Van Beethoven oía, en mil novecientos noventa,  
los aplausos que no podía oír en Viena,  
en mil ochocientos veinticuatro.

## LEAR KING EN LOS CLAUSTROS

**Di que me amas. Di «te amo».**

Dímelo por primera y por última vez.

Sólo: «te amo». No me digas cuánto.

Son suficientes esas dos palabras.

«Más que a mi salvación», dijo Regania.

«Más que a la primavera», dijo Gonerila.

(No sospechaba que mentían.)<sub>1</sub>

Di que me amas. Di «te amo»,

Cordelia, aunque me mientas,

aunque no sepas que te mientes.

Todo se ha diluido ya en el sueño.

La nave en que pasé la mar,

fustigada por los relámpagos

era un sueño del que aún no he despertado.

Vivo brezado por un sueño,

inerte en su viscosa telaraña,

para toda la eternidad,

si es que la eternidad no es un sueño también.

La tempestad me arrebató al Bufón,

al pícaro azotado, deslenguado, insolente,

que era mi compañero, era yo mismo,

reflejo mío en los espejos

cóncavos y convexos que inventó Valle-Inclán.

Los brazos de las olas me estrellaron  
contra el acantilado. Y un buen día,  
ya no recuerdo cuándo, desperté,  
y hallé sobre la arena  
piedras labradas con primor,  
sillares corroídos, lamidos y arañados  
por los dientes y garras de las algas.  
Entonces, desatado del sueño,  
comencé a rehacer el mundo mío  
que se desperzaba bajo un sol diferente.

Y aquí está al fin, delante de mis ojos.  
Oigo cómo jadea  
con la disnea del agonizante, del sobremurierte.  
Espera a que tú llegues  
y me digas, «te amo».  
Conservo aquí los cielos que viajaron conmigo  
grises torcaces de Bretaña, cobaltos de Provenza,  
índigos de Castilla.  
Sólo tú eres capaz de devolverles  
la transparencia, la luminosidad  
y la palpitación que los hacían únicos.  
Aquí están aguardándote.

Quiero oírte decir, Cordelia, «te amo».  
Son las mismas palabras que salieron  
de labios de Regania y Gonerila,  
no de su corazón. Más tarde

se deshicieron de mis caballeros,  
hijos del huracán, bravucones, borrachos,  
lascivos, pendencieros... Regresaron  
al silencio y la nada.

La niebla disolvió sus armaduras,  
sus yelmos, sus escudos cincelados,  
aquel hervor y desvarío  
de águilas, quimeras, unicornios,  
cisnes, delfines, grifos...  
¿Por qué reino cabalgan hoy sus sombras?

Mi reino por un «te amo», sangrándote en la boca.  
Mi eternidad por sólo dos palabras.  
Susúrralas o cántalas sobre un fondo real  
—agua de manantial sobre los guijos,  
saetas que desgarran con su zumbido el aire—  
así la realidad hará que sean reales  
las palabras que nunca pronunciaste  
—¡por qué nunca las pronunciaste!—  
y que ultrasuenen en un punto  
del tiempo y del espacio  
del que tengo que rescatarlas  
antes de que me vaya.

Ven a decirme «te amo»;  
no me importa que duren tus palabras  
lo que la humedad de una lágrima  
sobre una seda ajada.

En esta paz reconstruida  
—sé que es tan sólo un decorado—represento  
mi papel; es decir, finjo,  
porque ya he despertado.  
Ya no confundo el canto de la alondra  
con el del ruiseñor. Y aquí vivo esperándote,  
contando días y horas y estaciones.  
Y cuando llegues, anunciada  
por el sonido de las trompas  
de mis fantasmales cazadores,  
sé que me reconocerás  
por mi corona de oro (a la que han arrancado  
sus gemas las urracas ladronas)  
por la escudilla de madera que me legó el bufón  
en la que robles y arces depositan  
su limosna encendida, su diezmo voladero,  
el parpadeo del otoño.

Ven pronto, el plazo ya está a punto  
de cumplirse. Y no me traigas flores  
como si hubiese muerto.  
Ven antes de que me hunda  
en el torbellino del sueño.  
Ven a decirme «te amo» y desvanécete en seguida.

Desaparece antes de que te vea  
sumergida en un licor trémulo y turbio,  
como a través de un vidrio esmerilado.

Antes de que te diga:  
«Yo sé que te he querido mucho,  
pero no recuerdo quién eres.»

## VIDA

A Paula Romero

Después de todo, todo ha sido nada,  
a pesar de que un día lo fue todo.  
Después de nada, o después de todo  
supe que todo no era más que nada.

Grito «¡Todo!», y el eco dice «¡Nada!».  
Grito «¡Nada!», y el eco dice «¡Todo!».  
Ahora sé que la nada lo era todo,  
y todo era ceniza de la nada.

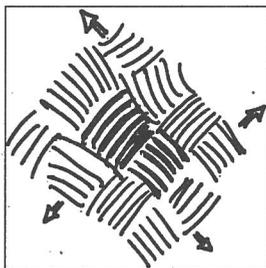
No queda nada de lo que fue nada.  
(Era ilusión lo que creía todo  
y que, en definitiva, era la nada.)

Qué más da que la nada fuera nada  
si más nada será, después de todo,  
después de tanto todo para nada.

(De *Cuaderno de Nueva York*)



L'autor ha llegit aquests poemes al Centre de Cultura «Sa Nostra»  
el dia 16 d'octubre de 2000



68. JAUME PONT. *La flor de llot*
69. DIEGO JESÚS JIMÉNEZ. *Poemas*
70. XAVIER ABRAHAM. *De matinada, baix el persistent reflex...*
71. ANTÒNIA ARBONA. *Cadència*
72. JULIO MARTÍNEZ MESANZA. *Fragmentos de Europa. 1977-1997*
73. TEOBALDO A. NORIEGA. *Ars Amandi*
74. BERNAT NADAL. *El fràgil desig*
75. ENRIQUE BADOSA. *XXIV Sonetos*
76. RAFAEL DE CÓZAR. *Poemas*
77. DIEGO DONCEL. *Poemas*
78. JESÚS MUNÁRRIZ. *Oficios varios*
79. NARCÍS COMADIRA. *Poemes*
80. SEBASTIÀ VIDAL. *Poemes*
81. ARCADIO LÓPEZ-CASANOVA. *Mester de poeta [1969-1999]*
82. VICENT BERENGUER. *Prova d'actor*
83. VICENT ALONSO. *Poemes*
84. ANTONIO PIEDRA. *Argumento de la cal*
85. OLVIDO GARCÍA VALDÉS. *Poemas*
86. JOSEP M. MARTÍNEZ ANGLÈS. *Poemes*
87. AURORA LUQUE. *Cuaderno de Mallorca*
88. LLUÍS URPINELL-I-JOVANI. *Poemes*
89. JACOBO CORTINES. *Paisaje en el tiempo*
90. XOSÉ MARÍA ÁLVAREZ CACCAMO. *Poemas*
91. JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ. *Poemas*
92. FRANCESC FLORIT NIN. *Memorial dels ulls*
93. MARC GRANELL. *Selecció de Poemes*
94. ALMUDENA GUZMÁN. *Poemas*
95. MIGUEL ANXO FERNÁN-VELLO. *Poemas*
96. DOMINGO-LUIS HERNÁNDEZ. *No más que la mañana [Poemas, 1986-1999]*
97. PILAR PALLARÉS. *Poemas*
98. ANTONI MARÍ. *Poemes*
99. JUAN MANUEL VILLALBA. *Poemas*
100. ANTONIO CARVAJAL. *De Flandes las campañas*
101. VICENÇ LLORCA. *La plaça de la poesia*
102. FERNANDO DELGADO. *Sobre el amor y sus contrarios (Antología)*
103. JOSEP PIERA. *En el nom de la mar..., i un inèdit (1991-2000)*
104. FRANCISCO CASTAÑO. *Del decorado y la naturaleza*
105. PABLO DEL BARCO. *El mirador de silencios (Antología)*





Universitat de les  
Illes Balears

ISBN 84-7632-612-2



9 788476 326121

**"SA  
NOS  
TRA"**

Obra Social  
i Cultural